

SOBRE EL AUTOR DE <<TESTAMENTU ZAR ETA BERRICO CONDAIRA>>

JOSE GARMENDIA ARRUEBARRENA (bibliografía de Lardizabal y en Garmendia en obrak en Lardizabal buruzkoa)

Lekuona'tar Manuel Jaunaren Omenezk oidazki-bilduma.III. Kardaberaz-Bazkuna, Tolosa. 1977, 157-168.or.

No anda errado quien ha considerado a Zaldivia como uno de esos "hauts lieux" de la vascolología de la mejor especie. En efecto, la villa que, dentro de la geografía de Guipúzcoa, es un fin de mundo y se topa de bruces con la sierra de Aralar —sierra de leyendas y de pastores— es cuna y patria chica de vascófilos notables.

Zaldivia, en su reducido número de habitantes y en una determinada época, conoció el fervor simultáneo de hombres de pro en la literatura bascongada. Ahí están, llenando la primera mitad del siglo XIX, los nombres de Juan Ignacio de Iztuera (1767-1845), cada vez más apreciado por sus aportaciones al folklore y a la antropología vascas; Francisco Ignacio de Jauregui (1767-1829), autor del hermoso, del magnífico “Galbarioco bidea” y Francisco Ignacio de Lardizabal (1806-1855).

Después de revolver revistas y periódicos de provincias y no hallar nada escrito en ellos, fue Ignacio Belaustegui el primero en trazar una semblanza del autor de “Testamentu zar eta berrico condaira” en Euskal-erria (1901, t. XLIV, pgs. 78-82). Finaliza su trabajo aludiendo **elegiacamente** al olvido de su memoria y la exclamación de Bécquer al contemplar el religioso silencio de las tumbas:

Dios mío, ¡qué solos
se quedan los muertos!

Desde los lejanos años de 1901, que es cuando escribía Beláustegui, hasta nuestros días, si exceptuamos a Echegaray que dijo del sacerdote zaldibirarra “que atesora lo que pudiéramos llamar perfección negativa del estilo”, todos los estudiosos vascos como Azcue, Irigoyen, Mendizábal, F. Michelena, Omaecheverría, Onaindía S., Orixe, Villasante, etc., etc., han tratado de él calificándole de escritor correcto, claro, de narrador fiel que sabe decir las cosas con frase atildada y bella, de que usa un euskera bello, puro, rico y en donde siempre se pueden aprender muchas lecciones.

Nada digamos de la difusión y de las repetidas ediciones que ha tenido su “Testamentu zar eta berrico condaira”, uno de los libros más leídos por el pueblo euskaldún, el libro de veladas de nuestros caseríos. El P. Lasa se hace testigo cuando escribe: “ ¡ Cuántas veces he visto yo ancianos de nuestros caseríos, muchos de ellos imposibilitados para el trabajo, armados con unas gafas poco estéticas y polvorientas, sostenidas en las orejas con trozos de cuerdas de alpargatas, entusiasmados con la lectura de este libro”.

RAZON DE ESTE TRABAJO

Aunque en un principio pensamos ofrecer alguna semblanza de oyarzuarras como Aldaco, uno de los tres principales patrocinadores del edificio “La Vizcaína” en Méjico o los mineros Retegui, muy cercanos a nuestras investigaciones en el Archivo de Indias y en el histórico provincial de Cádiz, a última hora nos ha vencido la concomitancia existente entre Lardizábal y don Manuel de Lecuona: esto es, un sacerdocio vivido como un servicio pastoral y de entrega al pueblo vasco. De Lardizábal, fallecido en aras de su celo en la atención a los afectados por el cólera-morbo, sabemos que en casa no daba tregua al trabajo y que no perdía ocasión de aprovechar el tiempo, llegando a tanto su afán de perfeccionarse en el vascuence, que ya podía hallarse recreándose con gente amiga que como se le viniera a la memoria alguna palabra que él buscaba con diligencia, al punto la copiaba, temeroso de que se le olvidara.

De su afán por la conservación y extensión de la lengua vasca está su Gramática. Ramón de Guereca, secretario de la Diputación, en el prólogo a la obra escribe, que “estando imprimiéndose esta obra bajo la ilustrada dirección de su autor, le arrebató la muerte en la flor de su edad, dejando un gran vacío entre los aficionados a esta clase de obras y causando un profundo dolor a los muchos amigos que tenía en el país y que le apreciaban sobre manera por su bello carácter y por los raros conocimientos que poseía en su lengua nativa”.

De Lardizábal puede decirse que encontró en su fe de sacerdote y en su sencillez y amor de un hijo del pueblo un rosal con que entretejer para el bien de su pueblo una corona inmarcesible, en el mismo sentido en que el gran Mistral se dirigía a Verdaguer con motivo de la publicación de sus “Idilios y cantos místicos”.

En este homenaje o tributo de admiración a la persona y obra de Don Manuel que, en su modestia admite o acepta sólo como acicate y estímulo a la investigación de nuevos temas o de su profundización, nuestra contribución consistirá en ofrecer el marco histórico y familiar en que se desarrolló Lardizábal. Su vida —como hemos dicho— transcurre en la primera mitad del siglo XIX. Vida más bien breve de 49 años y cuando más se esperaba de él, en un marco histórico agitado por las guerras napoleónicas, la nefasta política de Fernando VII, la primera guerra carlista, la peste del cólera morbo y otros acontecimientos que apenas permitieron un día de paz y que sumergieron al País en un estado de miseria.

LA PARTIDA DE BAUTISMO

Empecemos por copiar la partida de bautismo (Libro 5, núm. 36, fol. 183-184). Dice así: “ En la villa de Zaldivia el 6 de julio de 1806 con licencia de mi el infrascrito vicario y comisario del santo oficio de la Inquisición de Navarra bautizó D. Juan Bernardo de Echave, presbítero beneficiado de esta parroquia a Francisco Ignacio que nació ayer a las siete y media de la tarde, hijo legítimo de Francisco María de Lardizábal y María Antonia de Urretavizcaya de esta villa. Abuelos paternos Francisco Javier de Lardizábal, natural de la villa de Idiazábal y María Antonia de Urquía Iturrioz, de Zaldivia. Abuelos maternos, José Martín de Urretavizcaya y María Ignacia de Jauregui, también naturales de ésta, siendo padrinos Francisco Javier de Lardizábal y María Ignacia de Jaurequi, a quienes advirtió el parentesco espiritual y la obligación de enseñar la doctrina cristiana a este niño, y para que conste firmamos, José Ignacio de Echave (párroco) y Don Juan Bernardo de Echave” .

Los libros parroquiales y del municipio de Zaldivia arrojan abundante luz sobre los familiares de nuestro biografiado. Comenzando por sus abuelos paternos diremos que Francisco Javier, o mejor Xavier como se escribe, fue elegido por cirujano de la villa por nueve años, y aunque natural de Idiazábal, era en esa fecha vecino de Zaldivia. Pleiteó mucho con el Ayuntamiento por no querer cumplir uno de los cometidos de su profesión cual era la de rasurar la barba a los vecinos, lo que se acostumbraba a hacer en la planta baja de la casa consistorial y que a él le parecía indigno y humillante. Al parecer tenía mayor conciencia y dignidad de su profesión. Falleció el 14 de noviembre de 1808 sin tiempo para disponer sus cosas espirituales ni temporales, casado como estaba con María Antonia de Urquía Iturrioz, natural de Zaldivia (libro 4.º de finados, núm. 20, fol. 3 v.).

El abuelo materno José Martín Urretavizcaya, fallecido el 25 de agosto de 1842, era padre de Juan Ignacio, Francisco Ignacio (vicario de la parroquia y tío por tanto de nuestro biografiado, del que luego hablaremos), José, María Antonia, María Dominica y Ana María. Datos éstos importantes, ya que Lardizábal aparece emparentado con familias de eclesiásticos como los Urretavizcaya y los Jauregui, entre ellos Juan Francisco, vicario de Zaldivia de 1767 hasta 1784 en que le sucedió José Ignacio de Echave.

LOS ECHAVE

Tanto José Ignacio de Echave, que era párroco de Zaldivia desde el 18 de febrero de 1784 hasta el 19 de agosto de 1822 en que fallece a los 71 años cumplidos el 25 de mayo, como su hermano Juan Bernardo, ministro del bautismo de Lardizábal, como Francisco Antonio, escribano de S. M. y del número y Ayuntamiento de Zaldivia (1783-1820) falleciendo el 7 de enero de 1838, juegan un papel muy importante en la vida social de la villa.

Eran éstos con Juan Ramos y Martín Joseph Xavier de Echave, residentes en Caracas, hijos de Juan Ignacio de Echave, vecino de Zaldivia en 1785, teniente alcalde en 1792 y juez ordinario y poseedor de los mayorazgos de Miranda y Albisu y de su mujer, María Antonia de Sasiain, de Gainza.

Un largo capítulo en la vida de Iztueta, a quien delató ante el tribunal de la Inquisición de Logroño, juega el párroco José Ignacio de Echave en los años de 1797 a 1801. Aunque se afirma que merece la estimación de las gentes y está reputado de íntegro cual requiere ser un párroco, al mismo tiempo Iztueta presenta querrela criminal al obispado de Pamplona sobre falta de cumplimiento de las obligaciones de párroco y otros excesos que ha cometido en impedir el tránsito por el camino de Galbariota, propio de la villa, a sus habitantes y otras extorsiones con otros moradores (véase *Juan Ignacio de Iztueta*, Jesús Elósegui, pág. 72 (Añamendi)).

Años antes, el 17 de septiembre de 1789 es nombrado albacea en el testamento del padre de Iztueta, y el 9 de abril de 1803, en el memorial de deudas y obligaciones de María Ignacia Echeverría, madre del folklorista, aparece ésta debiéndole 330 reales.

Bien cuco se muestra el historiador zaldibitarra para no hablar mal de él, como lo hace —creo yo no sin cierta sorna e ironía— en su Guipuzcoaco condaira (pág. 69). Nuestro párroco que explotó en Aitzarte (Aralar) una mina en 1787 con 16 obreros traídos de la

explotación de cobre de las minas de Aralar, sólo consiguió tres onzas y dos ochavos de oro, con un coste doce veces superior.

Achacoso ya en 1819, figura en los meses de julio y agosto de este año fray Ambrosio de la Madre de Dios del Camino como teniente vicario de la parroquia de Zaldivia, así como desde el 14 de enero de 1821 fray Lucas de San Antonio, y en 1823 y 1824 fray José Antonio de San Esteban y fray Lucas de San Antonio, todos carmelitas del convento de Lazcano. Datos de interés por la vinculación carmelitana a la parroquia de Zaldivia y de sus habitantes a su vez con el convento en el que había de estudiar Lardizábal (¿quizá Iztueta?) y el ofrecimiento de misas en muchos testamentos de Zaldivia. Largo período el que ocupa como párroco José Ignacio de Echave, desde 1784 hasta el 19 de agosto de 1822 en que fallece, habiendo testado a una con su hermano Juan Bernardo el 12 de mayo de 1807.

Juan Bernardo, clérigo de prima cursante en Pamplona en 1785 fue beneficiado desde 1807, siendo vicario interino desde la muerte de su hermano José Ignacio hasta el 23 de febrero de 1823, y falleciendo el 29 de marzo de 1826, a los 63 años y 8 meses.

Pero volvamos al año del nacimiento de nuestro biografiado Lardizábal, 1806, año en que ocurre un hecho que tuvo una enorme resonancia : la aprehensión del temido Maragaro por el zaldibitarra fray Pedro de Argaya. Años más tarde escribiría Iztueta que “ mundua mundua dan arte” sería recordada esta hazaña. Goya lo trasladó al lienzo en seis cuadros que se conservan en el museo de Chicago. Para su Virgen del Rosario, que contaba con una cofradía, recibía la parroquia en 1807 un rosario de plata. Su narración debió bullir más de una vez en la mente infantil de Francisco Ignacio de Lardizábal.

MARCO HISTORICO Y FAMILIAR

A la hora de nacer Lardizábal, contaba Zaldivia con 18 casas en su casco urbano y noventa y seis familias dedicadas a las faenas del campo o al pastoreo de ovejas, numerosas entonces en la sierra de Aralar. Pertenece eclesiásticamente la villa a la diócesis de Pamplona, siendo entonces obispo D. Severo Adriani. Unos años anteriores al nacimiento de nuestro biografiado se alzó la iglesia actual, muy distinta de la anterior que era reducida, con capillas y en sentido inverso.

En un ambiente agrícola y pastoril convergente en lo religioso y popular a la parroquia, sabemos que había danzantes de espada los días de Corpus Christi y el día de San Juan Bautista. En 1809 las actas del Ayuntamiento están llenas de firmas, jurando fidelidad al rey José, hermano de Napoleón que había puesto sus plantas en Burgos, acordando se haga la festividad de San José con tambor y tamborilero, se saque un pellejo de vino, se haga repique de campanas y canto de “Te-Deum”, junio a la represión de bandidos, gravámenes por la guerra a los municipios, el cólera que había entrado de la India en Europa en 1811, y en España, por Cádiz, en 1823.

El 2 de abril de 1809 se decreta que el cementerio o la sepultura se haga fuera de la iglesia, donde actualmente se halla, en el campo de Berdillari, donde fue enterrado nuestro biografiado. El 12 de octubre de 1816 (repetición de las fiestas locales de Santa Fe) un predicador apostólico del Colegio Seminario de Zarauz erige en la parroquia el Vía Crucis. De todos modos le tocó sufrir las consecuencias de la invasión napoleónica con su cortejo de depredaciones y de miseria. En los mandatos de la visita pastoral de

1819, hecha por Severo Adriani, se dice que “ no es nuestro ánimo el de oprimir y el de arruinar las pobrecitas familias” , al mismo tiempo que se indica que no suba la gente al coro y se retiren los carros de la iglesia. Escuchó sin duda más de una vez noticias de sanciones por juego de naipes en el monte, en la posada, en casas particulares, por pesca de trucha en el río con redes, hasta por encontrarse gente en la taberna en tiempo de vísperas. Pincelada ésta que retrata toda una época y modo de vivir de nuestros antepasados.

Francisco Ignacio de Lardizábal fue el mayor de los hijos contando con ocho hermanos: *José María*, nacido el 21-1-1809 (Libro de bautizos 4.º, fol. 210), del que hablaremos más tarde; *Polonia*, el 8-II-1811 (id., fol. 231); *Joana Francisca*, el 29-IV-1813 (fol. 259); *Josefa María*, el 17-1-1815 (fol. 276); *María Concepción*, el 6-XII-1817 (fol. 310); *Francisco Javier*, el 28-III-1820; *José Ignacio*, el 13-V-1823 (Lib. V, fol. 7) y *María Dominica*, el 21-V-1827 (Lib. V, folio 46).

Ignoramos muchas cosas de su juventud y cuándo partió de su casa natal de Zubiaurre Junco al río Amundarain y en el casco de la villa para hacer sus estudios en el convento de PP. Carmelitas de Lazcano. El hecho es que cursados sus estudios de latinidad, invitado por el General de la Orden que había estado de visita en el mismo marchó a Burgos, donde curso sus estudios de filosofía y teología, que más tarde los completará en Madrid.

Es más que oscura esta época de su vida que se clarifica cuando practica los ejercicios para obtención del beneficio de Zaldivía y habiéndose ordenado a este título. De todos modos, a sus 25 años, en abril y junio de 1831, así como en octubre y diciembre del año siguiente y el 13 de julio de 1833 aparece su firma en los libros parroquiales. Es más que probable que ocupara el beneficio que había dejado vacante el autor de “ Galbarioco bidea” . Francisco Ignacio de Jauregui el 22 de marzo de 1829, fecha en que falleció a sus 62 años. Para más noticias véase nuestro estudio en La Gran Enciclopedia Vasca de Bilbao.

Conviene desterrar para siempre el error que se viene repitiendo. Nunca fue nuestro Lardizábal párroco de Zaldivía y sí vicario interino en las ausencias de su tío Francisco Ignacio de Urretavizcaya, nacido en Galbariota y con quien, siendo estudiante a su paso por Echave-nea, una de las mejores casas de Zaldivía, bromeaban los obreros en tiempo de su construcción.

Fallecido el vicario José Ignacio Echave en 1822, figura Urretavizcaya como párroco en abril de 1824 hasta que desaparece, o mejor dicho, se lanza al monte en la primera guerra carlista, siendo desde entonces vicario interino y firmando su sobrino Lardizábal hasta el 7 de septiembre de 1839, menos en la fecha del 15 de noviembre de 1834 en que extiende la partida de defunción de María Ana de Iztueta, hermana de nuestro folklorista y el 31 de julio de 1835.

En el equilibrio y prudencia de Lardizábal nada debieron influir las ideas de su tío. De hecho, en 1833, Severo Adriani, obispo de Pamplona y amigo consultor de nuestro biografiado, gira una visita pastoral a Zaldivía. Entre 1834 y 1839 Lardizábal extiende su firma en la defunción de 16 voluntarios del ejército del rey don Carlos V en el “Depósito” que tuvo en Zaldivía.

Ya el 11 de septiembre de 1839 reaparece el párroco Urretavizcaya. Se entiende el detalle de la partida extendida por el mismo sobre la defunción o fusilamiento del general Alzáa el 3 de julio de 1848 en Zaldivia: “ Recibió el Sacramento de la Penitencia, para lo cual únicamente se le concedió el tiempo” . Antes, el 18 de agosto de 1845 extiende también su firma en la partida de defunción de Iztueta. Años intensos estos en el quehacer de Lardizábal, en sus conversaciones y trabajos con Iztueta y en cuyo testamento es nombrado por testamentario y albacea, siendo su hermano José María el confesor, a la sazón de 35 años de edad.

LA EPIDEMIA DEL COLERA MORBO

Muy próximos en días y víctimas del cólera morbo iban a fallecer tío y sobrino, Francisco Ignacio de Urretavizcaya y Francisco Ignacio de Lardizábal, éste antes que el primero.

Se hace necesario recoger el pulso estremecido de esos días, del azote mortal que constituyó, al menos para Zaldivia, aquella epidemia en agosto de 1855. Días de verdadera siega de vidas humanas, terribles de silencio asombrado y no roto por el toque de campanas, de aislamiento completo por temor al contagio, con personas vigilantes en las puertas de las casas afectadas, e Incluso supresión de cultos. La pluma temblorosa de Jose María de Lardizábal va día a día anotando en los libros parroquiales defunciones con detalles de los que tenemos que prescindir en aras de la brevedad. Añora así al margen del folio: “ El primero que murió con cólera morbo fue el 12 de agosto” . Y el 7 de octubre volverá a anotar de nuevo: “ Miguel Antonio Lasa, el último que murió con cólera” . Para una población de unos 1.200 habitantes está la cifra de 45 muertos en el plazo de 57 días. Del 11 hasta el 31 de agosto en los veinte días, fallecieron 35 personas entre niños, jóvenes y personas mayores.

El día 20 del mismo mes le tembló más el pulso. Tenía que registrar la defunción de su hermano Francisco Ignacio en la edad más prometidora para las letras vascas: “ El día veinte de agosto de 1855, habiendo recibido los santos sacramentos de Penitencia y Unción murió con cólera a los cuarenta y nueve años de edad y un mes en esta villa de Zaldivia D. Francisco Ignacio de Lardizábal, Pbro. Beneficiado decano de la iglesia parroquial de la misma villa, Notario eclesiástico y natural de la citada villa, hijo legítimo de don Francisco Xabier de Lardizábal, nat. de la villa de Orendain y residente en esta villa y de doña María Antonia de Urretavizcaya ya difunta, natural y residente que fue de esta villa. No testó y el mismo día fue conducido su cadáver al campo santo, habiéndose hecho las funciones de iglesia cuando cesó el cólera y firmé D. José María de Lardizábal” .

Víctima también del cólera, por su celo y asistencia a los enfermos, iba a ser seis días más tarde D. Francisco Ignacio de Urretavizcaya. El vicario interino en estos momentos, su sobrino José María, teje así el elogio, dejando a un lado los laconismos habituales: “El día veinte de agosto de 1855 habiendo recibido los santos sacramentos murió con cólera a los sesenta años y siete meses de su edad en esta villa de Zaldivia D. Francisco Ignacio de Urretavizcaya, Pbro. y vicario propio de la misma parroquia, natural de esta villa, quien desde el mismo día 11 del mismo mes de agosto en que fue invadida la población del terrible azote del cólera morbo no descansó un momento asistiendo día y noche a los coléricos y socorriéndolos tanto en lo espiritual como en lo temporal hasta que sucumbió él mismo, hijo legítimo de Don José Martín de Urretavizcaya y de doña

María Ignacia de Jauregui, ya difuntos, naturales y residentes que fueron de esta villa. No testó y el mismo día...” .

No desaprovechemos la ocasión para decir que D. José María Lardizábal falleció el 12 de enero de 1894, de 85 años de edad y de senectud. Habiendo vivido junto a mi casa natal, mi abuelo lo conoció mucho y repetidas veces me hablaba de su señoritismo al mudarse en días de calor hasta dos veces de camisa y no permitiendo en las horas de la siesta el martilleo de los herreros de la fragua inmediata. Su hermana María Concepción falleció el 21 de julio de 1894, a los 77 años y María Dominica, entrado el siglo XX y a la que recuerdan los ancianos en Zaldivia en su condición de **serora**. D. José María tuvo grandes deferencias con su sobrina Francisca Teresa Lardizábal, abadesa por dos veces del Convento de Franciscanas Concepcionistas, de Segura, inteligencia muy despierta y notable escritora como se comprueba en los dos tomos inéditos que escribió sobre los orígenes e historia del citado convento, donde se la recuerda con afecto. También su madre había fallecido el 23 de agosto de 1855 a sus 33 años a consecuencia del cólera.

OBRAS DE LARDIZABAL

Dejando a un lado “Testamentu zar eta berrico condaira” y su Gramática vasca de la que poseemos un raro ejemplar, no quedaríamos satisfechos sin aludir a sus obras inéditas. Beláustegui habla, y más recientemente tuvo D. Modesto Mendizábal en sus manos, de un sermón a San Miguel in Excelsis, predicado en Aralar ante el chantre de Pamplona. También escribió una historia del Arcángel sin que se llegara a imprimir. Según Beláusiegui, constaba la obra de un número crecido de páginas, teniéndola ya puesta en limpio y con la aprobación eclesiástica y contenía —según el autor citado— datos interesantes para la historia del santuario de Aralar, algunos muy raros y curiosos, mezcla de tradición y leyenda, que hacía agradable y entretenida su lectura. ¿Se inspiraría en dos grandes volúmenes publicados años antes en Pamplona y que se encuentran en la biblioteca parroquial de Zaldivia? Es posible.

Esta obra como el sermón mencionado obraban en 1901 en poder de D. Bonifacio Lasa, arcipreste del partido de Villafranca de Ordicia y pariente del biografiado. Nos resulta extraño que Beláustegui escriba: “ No hablo aquí de otras obritas de menor importancia como son novenas, devocionarios, etc., etc., pues son bien conocidas del público”. ¿Quién conoce o posee hoy algún raro ejemplar de esas novenas o devocionarios de Lardizábal? Se cita —no conocemos— “María Santisimaren amodio ederraren novena”, de 65 páginas, al parecer la que en 1855 rompió el fuego de sus publicaciones.

SU BIBLIOTECA

¿Se puede hablar hoy de ella? Maladado y desangelado día, o, en plural, aquellos de 1909 o 1910 en que todos los papeles —tantos y de tanto valor, cuya destrucción duró casi una semana— fueron quemados en la huerta pegante a la casa de Lardizábal. Mi padre me confesaba que estaban llenos de versos y en uno de ellos durante la quema aprendió los versos de Vilinh que me recitaba de memoria, ya en su ancianidad:

Egunaren izena
ez dakit nola zan.
baña señalagarri
parridu bar bazan, etc., etc.

Los libros fueron depositados en el caserío Zelaa, propiedad de los Lasa, pero con tan mala fortuna que un desaprensivo que había pedido permiso sólo para verlos, llenó ante el inquilino el coche y se los llevó sin que se sepa su paradero. Ocurría esto antes de la guerra. Poco es lo que queda ya de ellos. Los anotamos un día lejano y están ahora mismo en espera de ser depositados en el archivo diocesano de San Sebastián. Salvemos, al menos, los que llevan su firma y anotaciones. Algunos traen fecha y lugar en donde fueron comprados: Logroño, Burgos, Pamplona, etc., etc. Con los apuntes que tengo a mano y sin confrontarlos en el desván en que yacen, no respondo sí algunos pertenecerían a D. Bonifacio Lasa. Los que llevan su firma son: *Theologia moralis* (año 1767). (año 1767). *Diálogos, de Luis Vives* (1809) en el que se encuentra su firma. *Memoria, de la vida cristiana*, con palabras suyas. *El sacerdote santificador*. Sus palabras del 28 de octubre de 1840. *Introducción al símbolo de la fe*, del P. Granada, con anotaciones suyas. *Comentarii Irían Antropiani, in Sacram Scripturam* (1734) como los dos tomos sobre lo mismo de *Menochi*. *Lexicón ecclesiastarum* (1792). *Speculum parrocorum* (1724). *Ejercicios de perfección cristiana*, del P. Rodríguez (1733). *Obras del maestro Granada. Opúsculos y doctrinas prácticas del P. Calatayud* (1744). *Catecismo explicado y predicado*, por A. Marxal (1762). *Compendio salmaticense* (dos tomos). *Despertador cristiano* (tres tomos). *Memorial de la vida cristiana* (1656). *Pasión del hombre*, por el P. Avila (1651). *Diccionario de lengua castellana*. *Historia del Reino de Navarra*. *Ejercicios espirituales*, por A. Molina (1622). *Instrucción de sacerdotes*, por A. Molina (1612). *La flor de la moral. El catolicismo* (Madrid), revista a la que estaba suscrito. *Biblioteca portátil de los Padres y Doctores de la Iglesia*, 1842, en 10 tomos. *Obras de Tulio Cicerón, Ovidio Nasón, Virgilio, Horacio, etc...*

Por aquí podemos rastrear las fuentes y los libros de lectura de Lardizábal, que tenía una cabeza bien ahormada.

Dícese que de su devoción a San Miguel dio muestras hasta en sus postreros momentos, pues en los últimos estertores de la agonía y luchando en las angustias de la muerte, las últimas y pocas palabras que pronunció fueron éstas: “ El Arcángel San Miguel me defenderá”. Que desde la atalaya de su santuario en la sierra de Aralar defienda San Miguel los valores espirituales de un pueblo pequeño, pero con grandes virtudes, sin que venda su primacía ni su primogenitura por el plato de lentejas del materialismo.

Al ofrecer al lector estos datos, muchos inéditos, lo hacemos, sí, en este homenaje tan merecido a D. Manuel de Lecuona, pero también queriendo reparar en algún modo la memoria de este preclaro sacerdote zaldibitarra, tan entrañado en las gentes de nuestros caseríos de otros tiempos, y tan entrañable aún en nuestros días para nosotros.